

## DIEZ AÑOS DESPUÉS APUNTES PARA UN DISCURSO SOBRE UNA (DE)GENERACIÓN

*“Si diez años después/te vuelvo a encontrar/en algún lugar/no te olvides que soy/distinto de aquél/pero casi igual”.*

Esta canción de Andrés Calamaro resume en sabias palabras una flor de sensaciones entremezcladas, contradictorias, casi fulminantes. ¿Qué estamos haciendo acá, diez años después de ese último segundo en el que abandonamos para siempre este edificio?

Pregunta de difícil respuesta, en tanto el Colegio representa para cada uno de nosotros algo diferente. Hay quienes desayunan a la mañana un café con leche servido en las tazas de porcelana que en teoría –y sólo en teoría- la Asociación Cooperadora jamás pudo venderle a nadie, los mismos que lucen tres de cada dos días la corbata azul con el escudo ya conocido por todos (y esto no es broma: hemos visto profesores en la Facultad que se presentan así vestidos como si tal cosa), al mismo tiempo que se oyen las voces de quienes reniegan de toda tradición banal y burguesa, gritándoles a los cuatro vientos que el Colegio es una élite de la cual ellos no son fanáticos, un equipo del que nunca formaron parte o una etapa de la vida –sin más- que ya ha sido superada. Sin embargo, más allá de cualquier postura maniquea, aquí estamos todos reunidos, no diez años después, sino dieciséis, puesto que fue en 1987 cuando pisamos por primera vez la alfombra de los *aristócratas del saber*.

Toda lectura idealiza y todo resumen deja afuera lo que realmente importa, pero no hay que ser demasiado memoriosos para darse cuenta de que vivimos un momento especial en el Colegio. El despertar democrático había pasado ya su primera ebullición y en esos días del otoño 87 todavía retumbaban en los claustros las picardías de la vuelta olímpica explosiva de los dos años anteriores cuando, según dice el mito, desfilaron animales vivos por el claustro central y alguien paseó un auto por los patios donde alguna vez Luca Prodan, vistiendo ojotas y una bufanda como única prenda en condiciones, asustó a los frágiles corazones de chicas impresionables.

En esa primera jornada escolar el rector dio un discurso en el Aula Magna y todos nos llevamos a nuestras casas una suerte de foto de “bienvenida” a un *aleph* que no tardaríamos en descubrir. Corrían días de primavera alfonsinista, días bastante *dark* con Bottaro a la tarde y Arcioni a la mañana, amargando nuestras noches de estudio apurado. Ese fue el primer año en que se incorporó una profesora “tutora” que iba a arreglar malos funcionamientos de los grupos o a cohesionar voluntades, pero lo único que se logró fueron horas extra de discusión sobre algo que nos habían contado o estábamos a punto de vivir en carne propia: el ambiente de permanente ebullición que se respira dentro de estas paredes. La identidad marcada a fuego, el germen rebeldón y, a la vez, excesivo, esa mezcla de vino en tetra brik, militancia política y altos estudios que caracterizó desde siempre a esta institución se volvía visible para quienes recién entrábamos: “¿Quién tiró una pastilla de *Gamexane* en el S.U.M.?”, “¿Hay sentada después de la séptima?”, “¿Sabés las *Catilinarias* de memoria?” eran frases comunes que se escuchaban todo el tiempo.

Llegó el 89 con la hiperinflación primero y la hipercorrupción después, mientras explotaban desde años superiores dos mágicos números siete: las canciones eternas de *7 al Hilo*, que acompañaron más de una borrachera, y la irreverencia del *7 de Agosto*, movimiento que junto con el *OGT* y *Perdón Rodolfo* renovó la escena política, encendiendo una llama de humor e independencia cristalizada en agrupaciones universitarias, seguramente mucho mejor organizadas que la mayoría de las actuales.

Para el '91, muchos decidimos no quedarnos en sexto firmando un documento del que quizá después nos arrepentiríamos, pero ese año quedó marcado a fuego en nuestras retinas. Vinieron la ceremonia infinita e inolvidable del viaje de egresados y la sucesión de ritos de despedida: primero, una caliente cantina de la Boca que culminó con los más osados durmiendo en las escaleras del Colegio entre fuegos y fogones de medianoche; luego, una fiesta en las propias instalaciones del edificio que empezó formal y terminó muy informal, acompañada por un mediodía en el campo de deportes, una entrega ficticia de certificados y una noche multitudinaria y veraniega en *Paladium*, sito en Reconquista y Paraguay.

Estos no son más que unos recuerdos generales que cada uno de nosotros lleva impregnados de forma particular. Sin embargo, son historias que se repiten en torno a un edificio de *ruinas circulares*, tal como lo prueba el hecho de que podamos compartirlas con ex alumnos de otras generaciones. Porque no creemos que haya un sentido de pertenencia tan fuerte como el que acompaña a lo largo del mundo a quien egresó del Colegio. Una suerte de hermandad silenciosa que se reproduce por el mapamundi de exiliados y viajeros sorprendidos por la presencia inadvertida, en la carpa de al lado o en el próximo aeropuerto, de un egresado aún más sorprendido que nosotros.

En este Salón de Altos Estudios, entonces, siempre adelantado en cuanto opción estética o política aliente a la adolescencia porteña, se hace carne esa pequeña verdad al calor de una enorme genealogía de próceres y héroes locales, desde Manuel Belgrano hasta algún *Fabuloso Cadillac*, que entretejieron la historia de este extraño, fascinante y malherido país. Y que podemos encontrar, como se ha dicho, en los lugares más recónditos del mundo y en las circunstancias más imprevisibles.

*“Aquello fue una linda primavera/pero fue solamente la primera/Diez años después/el tiempo empieza a pasar”*

Sigue la misma canción, que nos recuerda todos los Días del Estudiante pasados, los amoríos furtivos en medio de la naturaleza y las noches sin dormir transcurridas en la quinta de alguno de los chicos de la división. Y como el olvido es la peor de las peores desgracias argentinas, preferimos recordar aquellos días vivos, aquella vitalidad que conservamos, y levantar la copa por esos años inalcanzables que modelaron las huellas de identidad, el vocabulario, la sensibilidad y la destreza intelectual de todos nosotros. Ahí viene, entonces, el momento de la mirada atrás y de la reflexión: ¿qué nos ha quedado de esos chicos que hoy vemos festejando la primavera en Palermo y en qué medida nos hemos convertido en aquellos casi treintañeros que veíamos entre los preceptores, primos, profesores suplentes, amigos y enemigos?

El tiempo empieza a pasar y viene la serenidad. Preferimos rescatar, aunque un sistema perverso en esta última década haya quebrado lo mejor de un bello país, esa mirada ácida, ese escepticismo valioso y esa rebeldía que puede volverse más que productiva para seguir pensando en algo parecido al futuro. No tenemos dudas de que gran parte de esa mirada la construimos acá adentro y en los bares de enfrente, rateándonos en el comedor para saborear horribles milanesas, escuchando los sabios consejos de profesores que contrabandeaban su visión del mundo contra la rigidez de un programa de estudios, leyendo las revistas amateurs producidas por alumnos mayores y quedándonos en la biblioteca para descubrir que el Quijote es muy, pero muy, divertido. Porque, si alguno de los mitos que circulan es verídico, ése tiene que ser el de la capacidad crítica que poseen los alumnos y ex alumnos del Buenos Aires, fruto de la heterogeneidad y de la libertad que hemos podido respirar durante los años de formación más importantes. Fuimos chicos altamente estimulados y (auto)exigidos, que enfrentamos el desafío de rendir el examen de ingreso y el esfuerzo aún mayor de permanecer en el Colegio durante cinco o seis años pero, gracias a ello, finalmente, logramos lo que nuestros padres y, sobre todo, lo que nosotros mismos queríamos para nuestras vidas, pues esa marca que buscábamos cuando entramos y que a lo largo de los años logró sellar el C.N.B.A. no se borra ni diez años después. En todo caso, en el 2012 lo charlamos de nuevo.

¿Qué es, entonces, la promoción 92? Quizá la última que logró dar la vuelta olímpica en paz, esa fiesta tristemente sepultada, con autoridades y alumnos unidos en una pileta carnavalesca y maravillosa. La última antes del curso de ingreso obligatorio. Bastante poco revoltosa, muy deportiva, con esa divina proporción de científicos, economistas, rebeldes, soñadores y fugitivos que da siempre el Colegio, cuyos padres vinieron y probablemente sus hijos vengan, y que eternamente estará agradecida por la lucidez y la risa, la amistad y la locura, la ironía y la rigidez, el amor a la educación pública y eternamente laica y gratuita, y por esa complicidad que nos une aunque no nos veamos nunca las caras.

Gracias Totales.

Federico Novick/Natalia Prunes  
5to 2da '91

*A modo de bonus track* (parte no leída en el Colegio)

1) En una ocasión, dos alumnos de esta promoción compraron una botella de sidra en la panadería que estaba sobre Bolívar antes de la esquina con Alsina. Adentro de una mochila, la sidra viajó hacia un aula y, durante un falso festejo de cumpleaños de una alumna aquí presente, fue descorchada para empapar cabezas que entonaban el “feliz cumpleaños” cada vez más animadamente. Todo esto, durante una clase de geografía. La profesora, atónita, llamó a los dos alumnos responsables del festejo hacia el escritorio para avisarles que serían suspendidos. Uno de los alumnos preguntó la razón. La profesora, enrojecida de furia, espetó que no podían consumirse bebidas alcohólicas dentro de un colegio, que quiénes se creían que eran los alumnos, mientras el resto de la clase permanecía en gélido silencio. El otro alumno, muy seguro, explicó que debido a su condición de preceptor alumno, conocía el reglamento en forma exhaustiva: nada decía allí de la lluvia de licores y ninguno de la treintena de alumnos había tragado una sola gota. Como consecuencia de tan sesuda alocución, la profesora nada pudo hacer y debió tragarse la ira y continuar con la clase. Este relato dibuja la silueta de un alumno del Buenos Aires: despierto y arriesgado, con ínfulas de sabelotodo, que logra salirse con la suya con el libro de reglas en la mano y el antiguo recurso de una buena retórica.

2) La toma del ILSE fue una de los eventos más inesperados y lisérgicos que alguna vez ocurrieron en institución educativa alguna. Está bien, el Pellegrini y el Sarmiento se agarraban a trompadas en la calle. Pero, ¿un colegio tomando posesión y control estratégico de otro? Al final de la vuelta del '89, año explosivo si los hubo, los destinos habían terminado y esa revoltosa promoción sumó a algunos de nosotros, que estábamos bañados también en huevos, quienes permanecían en la calle para otro objetivo. Alguien gritó “¡Al ILSE!”. Todos avanzamos festivos por Avenida de Mayo, hasta que un arrojado arrancó la bandera de la puerta del Instituto Libre de Segunda Enseñanza, el portón se forzó y más de cien alumnos del Buenos Aires ingresamos en aulas, tiramos huevazos y desbancamos autoridades. Al rato, una fila de policías y más de tres patrulleros separaron a los alumnos de uno y otro colegio en una imagen demasiado grotesca para reproducir. Resultado: algunos libres, otros fugados y las cámaras de TV registrando un hecho insólito.